
STEPHEN JAY GOULD
La falsa medida del hombre
(Barcelona, Crítica, 1997)

Nos encontramos ante una obra clave, escrita por un científico sobradamente conocido; tenemos la inmensa fortuna de tener la mayoría de sus obras traducidas al castellano¹; me estoy refiriendo al paleontólogo S. J. Gould. La obra que presentamos fue escrita por primera vez en el año 1981; después de quince años, el autor ha añadido solamente la introducción a esta edición revisada y varios ensayos al final del libro, entre los cuales destaca la crítica al libro, publicado por Richard Herrnstein y Charles Murray en 1994, *The Bell Curve*. La pregunta que nos hacemos todos, y el mismo autor también, es la siguiente: ¿por

qué revisar *La falsa medida del hombre* después de quince años? S. J. Gould ve con preocupación la ascensión a la popularidad (algo cíclico) de los argumentos innatistas a favor de la inteligencia unitaria y clasificable. El resurgimiento de los determinismos biológicos coincide con períodos de retroceso político y de destrucción de la generosidad social. «Las razones de la repetición son sociopolíticas y no hay que buscarlas lejos: los resurgimientos del determinismo biológico se correlacionan con episodios de retroceso político, en especial con las campañas para reducir el gasto del Estado en los programas sociales, o a veces con el temor de las clases dominantes, cuando los grupos desfavorecidos siembran seria intranquilidad social o incluso amenazan con usurpar el poder» (p. 21).

¹ Próximamente aparecerá su última colección de ensayos, recogidos en el libro que tendrá como título *Un dinosaurio en un pájar*, Crítica, Barcelona, en prensa.

Ante lo cual muchos políticos y no políticos se preguntan: ¿por qué esforzarse y gastar en aumentar el inelevable CI de razas o grupos sociales situados en el fondo de la escala económica? ¿Por qué no aceptar que esta mayoría de marginados están marcados por los dictados de la naturaleza y ahorrarnos así un montón de dinero público? Ya desde el epígrafe del libro, S. J. Gould define su postura; para ello toma una cita de su héroe particular, Charles Darwin, que se recoge en su obra *El viaje del Beagle*: «Si la miseria de nuestros pobres no es causada por las leyes de la naturaleza, sino por nuestras instituciones, cuán grande es nuestro pecado.» El propósito de *La falsa medida del hombre* es analizar de un modo muy crítico una forma concreta de tesis cuantificada sobre la mentalidad: la teoría de la inteligencia medible, genéticamente fijada y unitaria. S. J. Gould en esta edición revisada quiere dejar claro que no necesitaba realizar un cambio profundo a la obra escrita hace quince años por qué se había centrado en las fuentes originales del determinismo biológico y no en los usos «actuales» que tan deprisa se vuelven anticuados, como puede representar el libro de Murray y Herrnstein *The Bell Curve*. Este último libro también representó uno de los motivos para realizar esta edición revisada de *La falsa medida del hombre*. Para el autor, este largo libro de ochocientas páginas no contiene nada nuevo, tanto Murray como Herrnstein dan vuelta a los viejos argumentos; pero, entonces, ¿a qué se debe la repercusión tan fuerte que tuvo en los medios de comunicación? El impacto

de *The Bell Curve* se debe, aparte de un título llamativo o de una brillante campaña publicitaria, a que parte de un suelo fértil: «¿Sorprenderá a alguien que la publicación de *The Bell Curve* coincidiera exactamente con la elección de New Gingrich en el Congreso y con una nueva era de mezquindad social sin precedentes en mi época? Criticar acerbamente todos los servicios sociales para las personas con genuina necesidad; poner fin al apoyo a las artes (pero no recortar un centavo, el cielo no lo permita, el gasto militar); equilibrar el presupuesto y conseguir alivio fiscal para los ricos» (p. 24). Para Gould, el artículo que publicó Herrnstein² en la revista *Atlantic Monthly*, en el año 1971, «IQ», septiembre, pp. 43-64, representa un epítome punto por punto de *The Bell Curve*. Como ya hemos dicho anteriormente, este apartado dedicado a la crítica de *The Bell Curve* constituye una de las aportaciones nuevas en esta edición revisada de *La falsa medida del hombre*; previamente aparecieron como dos recensiones del autor, en las revistas de *The New York* del 28 de noviembre de 1994 y en *Natural History*, en febrero de 1995. Adelantándome a lo que podría ser un comentario final a esta recensión, me gustaría reseñar en este marco de crítica a *The Bell Curve* algunas aportaciones que aparecieron en la prensa aquí en España. Me refiero a Fernando Savater; reseña con razón que «la crítica a estos plantea-

² Puede verse el análisis que hacen J. A. LÓPEZ y J. L. LUJÁN LÓPEZ en su libro *El artefacto de la inteligencia*, Anthropos, Barcelona, 1989, pp. 169-172.

mientos no puede basarse en sus efectos políticamente reaccionarios»³; a este respecto, la obra de S. J. Gould analiza las falacias pretendidamente «científicas» de los determinismos biológicos. El libro está dividido en siete capítulos, siguiendo la estructura siguiente: del capítulo 2 al capítulo 4, S. J. Gould describe críticamente los estudios que medían físicamente los cráneos, ya fuera por el exterior o desde dentro, centrados principalmente en el siglo XIX, entre los cuales destacaron Paul Broca y los estudios sobre el carácter simiesco de los indeseables, a cargo del fundador de la antropología criminal, el italiano Cesare Lombroso. De los capítulos 5 al 6, el autor analiza, ya en el siglo XX, el cambio que se produce, pasando al método, supuestamente más directo, de medir el contenido del cerebro mediante los test de inteligencia. Aquí, S. J. Gould se muestra particularmente enfadado por la manipulación que hicieron de los test que elaboró el fisiólogo francés Alfred Binet, quien más tarde se convirtió en el epónimo del test cuando el profesor Lewis M. Terman, de Stanford, importó el aparato a Estados Unidos, desarrolló una versión local y la denominó el test de CI de Stanford-Binet. Binet evitó cualquier interpretación innatista que pudiese arruinar su propósito de ayudar a los niños con problemas de aprendizaje. A este respecto destacan las siguientes palabras de S. J. Gould: «¡Cuán trágico y cuán

irónico! Si los test de CI se hubieran utilizado de acuerdo con lo que pretendía Binet, los resultados habrían sido enteramente beneficiosos... Pero el giro innatista y antimeliorista que Binet había previsto y desaprobado se ha convertido en la interpretación dominante, y las intenciones de Binet han sido derrocadas e invertidas. Y esta inversión —la creación de la teoría hereditaria del CI— ocurrió en Estados Unidos, no en la elitista Europa» (p. 348). Por fin, en el capítulo 7 (una conclusión positiva), en diálogo crítico con ciertos sociobiólogos, S. J. Gould expone de manera concisa sus propias ideas sobre la relación entre la biología y la naturaleza humana. Somos, en palabras del autor, parte inextricable de la naturaleza, lo cual no niega el carácter único del hombre. Frente al determinismo biológico, S. J. Gould propone el concepto de potencialidad biológica, es decir, el problema no se plantea entre naturaleza biológica contra lo adquirido. «La biología no es el enemigo de la flexibilidad humana, sino la fuente y el potenciador» (p. 349). Me parece un acierto la aparición renovada de esta obra ya clásica en su género. Pese a que los determinismos biológicos (incluido el racismo «científico») desde el punto de vista científico están desprestigiados, suelen aparecer vestigios de éste en momentos puntuales favorecidos por ciertos sectores de la sociedad.

Resulta bochornoso la aparición aquí en España de varios ejemplos dentro del ámbito académico queriendo presentar esas teorías como algo científico y probado. Es patético el ejemplo recogido por los medios de

³ Fernando SAVATER, «Recados y polinomios», *El Correo*, sábado 5 de noviembre de 1994, p. 30. También puede verse el interesante artículo de Angeles CASO, «Contra la inteligencia», *El País*, viernes 13 de enero.

comunicación del profesor Colom Marañón (Universidad Autónoma de Madrid), que en dos capítulos de su libro *Orígenes de la diversidad* deja traslucir viejas teorías claramente criticables. ¿Qué se puede comentar si no de esta nota a pie de página del capítulo octavo?: «Desde nuestro Ministerio de Asuntos Sociales se nos bombardea con carísimas campañas... en las que se nos repite que no debemos ser xenófobos. A renglón seguido, uno comete el error de comprar la prensa diaria. Lo primero que leo, con sorpresa de su parte, es que ciertos grupos de inmigrantes se dedican a sembrar el terror... violando a niñas de 14 años, quemando o cortando los pechos de las madres de estas niñas... Si a uno le vienen sentimientos de odio al estómago debe

cerrar el pico...» (p. 186). Sobran los comentarios.

En resumidas cuentas, un libro necesario y fundamental para estos tiempos de *revival* de teorías pretendidamente científicas que quieren mostrarnos el carácter fijo e innato de la inteligencia. Hago más las siguientes palabras de S. J. Gould como epílogo a esta recensión: «Pasamos una sola vez por este mundo. Pocas tragedias pueden ser más vastas que la atrofia de la vida; pocas injusticias más profundas que la de negar una oportunidad de competir, incluso de esperar, mediante la imposición de un límite externo, que se intenta hacer pasar por interno» (p. 40).

Alberto GUTIÉRREZ MARTÍNEZ

ALBERTO MELUCCI

Challenging Codes. Collective Action in the Information Age
(Cambridge, Cambridge University Press, 1996)

The Playing Self. Person and Meaning in the Planetary Society
(Cambridge, Cambridge University Press, 1996)

El estudio de la acción colectiva en general, y de los movimientos sociales en particular, ha conocido un crecimiento espectacular durante las tres últimas décadas. Durante ese período, el grado de sofisticación analítico exhibido por sociólogos, politólogos, historiadores, antropólogos y psicólogos sociales no ha dejado de progresar. Gracias, por ejemplo, a las aportaciones del enfoque organizativo de

la teoría de la movilización de recursos (representado por McCarthy y Zald), conocemos cada vez mejor las dinámicas internas de los movimientos sociales y el modo en que éstos hacen frente a los retos organizativos; por otro lado, el enfoque del proceso político (que cuenta con Tilly, Tarrow, McAdam y Kriesi como más destacados defensores), con su énfasis en la interacción entre las autoridades

y colectivos que demandan cambios sustantivos en la distribución o ejercicio del poder, no cesa de arrojar luz al modo en que el contexto político afecta a la elección de estrategia por parte de un movimiento, a la forma organizativa que adopta, a la escala de movilización, al «cuándo» de dicha movilización y, por último, a su impacto social y político; los psicólogos sociales, por último, han logrado importantes avances en el conocimiento de los factores que hacen posible que los individuos se sumen a la acción colectiva. Sin embargo, hasta la fecha, y con contadas excepciones (las investigaciones emprendidas por Alain Touraine y su equipo de colaboradores constituyen una de ellas), carecíamos de una teoría sociológica sistemática que nos permitiese ubicar todos estos hallazgos y generalizaciones en el marco de una interpretación del desarrollo social. Ese es, precisamente, el gran logro del sociólogo y psicólogo clínico italiano Alberto Melucci en las dos obras que reseñamos a continuación, *Challenging Codes* y *The Playing Self*. Ambas nos ofrecen, conjunta e inseparablemente, la más completa «caja de herramientas» para captar el significado de los movimientos sociales de las sociedades contemporáneas. La complementariedad, podríamos decir incluso que división del trabajo, entre ambas viene dada por el hecho de que, en la primera de ellas (*Challenging Codes*), Melucci dibuja los contornos de las sociedades complejas como prerrequisito para entender las transformaciones en la forma y naturaleza de la acción colectiva, en tanto que en la segunda (*The Playing Self*)

recurre a su condición de psicólogo para dar cuenta de los problemas que el sujeto moderno afronta al configurar su identidad individual. A lo largo de las aproximadamente 600 páginas que totalizan las dos obras, Melucci entabla un fructífero y apasionante diálogo con autores como Habermas, Bourdieu, Foucault, Elias, Taylor, Rorty, Douglas, Geertz, Ricoeur y un largo etcétera de destacados pensadores que se han significado en disciplinas tan diversas como la filosofía, sociología, antropología o psicología. Melucci consigue fusionar con elegancia suprema todos estos campos del saber y proporcionar el marco más acabado para descifrar ese complejo fenómeno en el que se entrecruzan tantas variables y procesos como es el de la acción colectiva contemporánea. En el empeño, además, Melucci nos demuestra que los movimientos sociales contemporáneos constituyen un inmejorable banco de pruebas desde el que entrever el horizonte hacia el que se encaminan las sociedades e individuos de la era moderna.

Una adecuada comprensión del hilo argumental de Melucci requiere empezar, como se ha sugerido anteriormente, perfilando los contornos de las sociedades avanzadas, tarea que acomete de manera más acabada en *Challenging Codes*. A juicio de Melucci, el rasgo que mejor caracterizaría a las «sociedades complejas» o «de la información» (significativamente, el subtítulo de *Challenging Codes* es el de «La acción colectiva en la era de la información», precisamente para subrayar el hecho de que la información constituye el recurso central de nuestras sociedades) sería el de la paradoja. En

efecto, por un lado, los sistemas complejos proporcionan a los individuos los recursos simbólicos necesarios para aumentar su potencial de «individuación» (es decir, de autorreconocimiento como sujetos autónomos de acción) mediante, por ejemplo, un acceso generalizado a la educación y la exposición a la cultura de masas. Por otro lado, sin embargo, para que sistemas altamente diferenciados puedan preservar el umbral mínimo de integración interna que garantice su supervivencia, se ven impelidos a extender sus mecanismos de control sobre los niveles simbólicos de acción en los que se construyen los significados, identidades y bases individuales del comportamiento. Es decir, que en las sociedades complejas «el control no puede quedar restringido a la regulación externa de la producción y/o apropiación de recursos; debe intervenir en los procesos internos de formación de actitudes» (p. 92).

Las presiones hacia la uniformidad no se ejercen, sin embargo, sin resistencia. Existen fuerzas que se rebelan contra las presiones hacia la conformidad y el consenso normativo inventando contenidos y formas de acción que chocan con la cultura establecida y con la imagen «normal» de las necesidades que estos sistemas deben satisfacer por medio de su entramado organizativo y asistencial. Dichas fuerzas resistentes no serían otras que los movimientos sociales, auténticos «profetas del presente», signos que anuncian una profunda transformación en la lógica y funcionamiento de las sociedades complejas antes incluso que su dirección y contenido se hayan hecho evidentes. Desde este marco

interpretativo, Melucci entiende los movimientos sociales como «la movilización de un actor colectivo (i) definido por una solidaridad específica, (ii) comprometido en un conflicto con un adversario por la apropiación y control de recursos valorados por ambos, (iii) y cuyas actividades implican una ruptura de los límites de compatibilidad del sistema en el cual tiene lugar la acción» (pp. 29-30). En la base de esta definición subyace el convencimiento de que en los conflictos sociales contemporáneos prevalece el desafío al discurso dominante y a los códigos que organizan la información y dan forma a las prácticas sociales. Los conflictos, por consiguiente, emergen en aquellas áreas en las que los aparatos de control intervienen y definen heterónomamente las identidades individuales y colectivas hasta provocar que los individuos reclamen su derecho a ser ellos mismos quebrando los límites de compatibilidad del sistema hacia el que se dirige la acción (el sistema que asegura la producción de los recursos en una sociedad, el sistema de toma de decisiones acerca de la distribución de esos recursos; el sistema de roles que gobierna el intercambio de recursos; y, por último, el mundo de la vida o sistema de reproducción en la vida cotidiana). Con este énfasis en los movimientos sociales como generadores de códigos culturales alternativos a los dominantes, Melucci se distancia deliberadamente de los autores del enfoque del proceso político, para quienes la principal actividad de las redes que conforman un movimiento social es la confrontación con las autoridades, al mismo tiempo que se suma a toda

una corriente de teóricos sociales que, en su interpretación de los conflictos de las sociedades modernas, desplazan el centro de atención desde ejes de conflicto más o menos tradicionales (como la clase o la etnia) a otros de carácter cultural.

Una vez perfilados los contornos de la actual etapa de evolución social, Melucci desarrolla su particular contribución al área de estudio de los movimientos sociales proponiendo un enfoque constructivista para su estudio. Dicho enfoque se caracteriza, en primer lugar, por la denuncia de una premisa que ha presidido, y aún preside, la investigación de la acción colectiva, a saber: que los movimientos sociales constituyen «unidades fácticas» (*el movimiento ecologista, el feminista, etc.*) nacidas cuasi-determinísticamente a partir de condiciones estructurales o de los valores, ideologías y creencias generalizadas entre ciertos sectores de la población. A juicio de Melucci, esta asunción epistemológica vicia radicalmente el estudio de los movimientos sociales. Cualquiera que sea la unidad empírica observada, afirma Melucci, ésta debe ser considerada como el resultado más que como el punto de partida del análisis; un *proceso* que debe ser explicado más que un dato asumido apriorísticamente. Por decirlo en otros términos: los movimientos sociales son «sistemas de acción», es decir, los productos de intercambios, negociaciones, decisiones y conflictos entre actores que exhiben multitud de orientaciones, formas de acción y modos organizativos, y de ningún modo entidades fijas y prefiguradas de una vez para siempre. Lo privativo del punto de vista sociológico

estribaría, entonces, en dar cuenta del modo en que «un “nosotros” se convierte en un nosotros» (p. 384) en el marco de un sistema relacional. La inadecuación de otros marcos analíticos para el estudio de la acción colectiva, tales como los modelos macroestructurales (p. ej., ciertas aproximaciones marxistas a la acción colectiva) y la teoría de la movilización de recursos en sus versiones organizativa y del proceso político, radica, precisamente, en que descuidan los procesos seguidos por los distintos actores que conforman un movimiento para conseguir esa unidad. Al no abordar los procesos a través de los cuales los actores sociales llegan a una definición interactiva y compartida del significado y objetivos de su acción, los paradigmas disponibles para el análisis de los movimientos sociales contemporáneos fracasan en evaluar el verdadero significado y naturaleza de estas formas de acción.

En un plano más concreto, en *Challenging Codes* se distinguen cinco niveles de análisis: la definición de la *acción colectiva*, la *formación* de la acción colectiva en la estructura social, los *componentes* que estructuran la acción, las *formas* que asume y, por último, el conjunto de *campos* o relaciones sociales que proporcionan recursos y/o constriñen la acción. A lo largo del desarrollo de cada uno de estos objetos de estudio, integra dentro de una teoría del desarrollo social como nadie había hecho hasta la fecha las aportaciones de las distintas líneas de investigación de los fenómenos de acción colectiva contemporáneos, tales como el enfoque del proceso político (de quien denuncia su tendencia a fijarse exclusivamente en el potencial

de los movimientos sociales en inducir transformaciones en el sistema político), el enfoque organizativo de la teoría de la movilización de recursos, el enfoque del análisis de marcos (*frame analysis*) o las contribuciones efectuadas desde la psicología social. A modo de ilustración de lo que puede dar de sí su esfuerzo integrador, dedica sendos capítulos monográficos (ciertamente originales) a los movimientos de mujeres, étnicos, ecologistas y pacifistas, entre otros movimientos contemporáneos cuyo principal eje de conflicto pivota alrededor de definiciones identitarias en conflicto con las ofrecidas por los aparatos dominantes.

En *The Playing Self*, la otra obra de aparición simultánea con *Challenging Codes*, el objeto de análisis tiene un carácter distinto. Melucci no se fija ya en las consecuencias del cambio social en la acción colectiva, sino más bien en los vínculos existentes entre la experiencia individual y las transformaciones acontecidas en las sociedades complejas. En este tipo de sociedades, afirma Melucci, las circunstancias han cambiado radicalmente con respecto a épocas precedentes, cuando los individuos disponían de anclajes referenciales sólidos y permanentes que posibilitaban una definición apromblemática de su identidad. Ahora, la respuesta a la pregunta básica de «¿Quién soy yo?» se convierte en una tarea preñada de dificultades. Ya no hay «hogar seguro» que valga en un ambiente sometido a un cambio social acelerado, donde la multiplicidad de roles que el individuo se ve indefectiblemente obligado a asumir y el flujo de mensajes que nos invade expanden, conjuntamente,

nuestra experiencia cognitiva y vivencial hasta unos extremos desconocidos en épocas precedentes. El origen de las patologías y desequilibrios individuales hay que buscarlo, por consiguiente, en las dificultades que encuentran los individuos para hacer frente a un mundo en vertiginoso e imparable proceso de transformación. En estas circunstancias, el yo debe ser capaz de «jugar» (*a playing self*) y aprender a decidir quién es y qué quiere, alterando su morfología si ello fuese preciso para conseguir hallar ese nicho confortable. Así, pues, en esta obra Melucci se aventura en el terreno fronterizo en el que convergen las transformaciones estructurales de las sociedades complejas y la experiencia individual en la vida cotidiana. Al acometer esta tarea, trata de desmascarar la dimensión colectiva de procesos que a primer análisis pueden parecer como algo meramente individual. Es decir, que Melucci efectúa una apuesta clara por una psicología con mayor contenido sociológico, al mismo tiempo que hace votos a favor de una sociología menos estructural.

En definitiva, pues, podemos afirmar que con estas dos obras Melucci ha logrado crear, con unas cotas de sofisticación teórica y elegancia expositiva nada habituales, un lenguaje nuevo para acercarnos a la realidad de la acción colectiva en el marco de las sociedades modernas. No resulta arriesgado aventurar que, con ellas, Melucci se ha consolidado aún más como una referencia inexcusable en el área de estudio de los movimientos sociales.

Jesús CASQUETTE

FRANCISCO CARMONA

Cambios en la identidad católica: juventud de Alfonso Carlos Comín

(Madrid, Libertarias/Prodhui, 1995)

Francisco Carmona ha dedicado una gran parte de su actividad investigadora a la elaboración de una rigurosa biografía social de Alfonso Carlos Comín. El presente volumen recoge la parte central de esta investigación. En él se analiza el proceso de transformación de la identidad católica de Comín. El estudio comienza examinando el ambiente familiar y escolar en el que se desarrolla la infancia de Comín, para continuar con un detallado análisis de los pasos que va dando el joven Alfonso Carlos, primero en la Congregación Mariana y posteriormente en la universidad y en la activa, aunque aparentemente pausada, atmósfera intelectual y política de la Barcelona de los cincuenta. El objetivo de toda esta detenida investigación es, en primer lugar, captar las claves que explican cómo el hijo de uno de los principales cabecillas del carlismo de los años treinta, que participó activamente en la guerra civil, deja atrás esta matriz tradicionalista y asume paulatinamente una nueva identidad católica, una identidad católica progresista. Y en un segundo momento examinar el imaginario religioso y político que configura esta nueva identidad católica.

El libro consta de cuatro capítulos, a los que precede un prólogo de José Luis López Aranguren y una introducción en la que el autor nos presenta los presupuestos teóricos y metodológicos fundamentales. En los dos primeros capítulos se estudia la

formación de la conciencia conservadora de Comín en su ambiente familiar y en el colegio de los jesuitas de San Ignacio de Sarriá. En los dos siguientes se expone la trayectoria intelectual, religiosa y política de Comín y los contenidos de su nueva identidad católica.

Para llevar a cabo esta investigación, Carmona ha construido un marco teórico-metodológico propio, cuyos dos puntales fundamentales son el concepto de *self* tal como lo presenta el interaccionismo simbólico y el uso del método biográfico en sociología. Carmona analiza la identidad de Comín en tres niveles: su biografía personal, las organizaciones y los ambientes socioculturales en los que transcurre su vida y el contexto sociopolítico y eclesial de la España de los cincuenta. El movimiento dialéctico entre estos tres niveles de análisis es el que permite captar en profundidad la trayectoria vital de Alfonso Carlos Comín. Carmona hace uso de una variada gama de técnicas de investigación para recoger información en esos tres niveles de análisis. Carmona analiza la obra de Comín, en especial su autobiografía *Fe en la Tierra*, que publicó a comienzos de los setenta; examina los libros y publicaciones que reflejan los universos simbólicos de los diferentes ámbitos socioculturales en los que se mueve Comín durante su infancia y juventud y, por último, recaba los testimonios de los que le conocieron para reconstruir con todo ello los

cambios que tuvieron lugar en su identidad.

El primer capítulo está dedicado a analizar el papel de la familia de origen en su socialización política y religiosa. Esta socialización se caracteriza por la fuerte presencia del carlismo en su familia y por una religiosidad muy profunda. El carlismo tiene su origen en la familia del padre de Alfonso. La familia de su padre sirvió a la causa carlista desde su origen ocupando puestos clave en el organigrama carlista. El padre de Alfonso fue diputado tradicionalista y tuvo un papel protagonista en el carlismo aragonés durante la guerra civil. Su muerte, días antes del fin de la contienda, lleva a Alfonso y a su familia a trasladarse de Zaragoza a Barcelona, donde a su madre le ha sido adjudicada una lotería. Por su parte, su madre cultiva una profunda religiosidad que influye decisivamente en Alfonso.

En el segundo capítulo, Carmona retoma las principales tesis de su libro sobre la educación jesuítica: *La Compañía de Jesús y el liderazgo católico en la Barcelona de los cuarenta*, Universidad de Granada, Granada, 1994, y analiza la influencia que tuvo sobre Comín la formación en el colegio de San Ignacio de Sarriá y su pertenencia a las congregaciones marianas del colegio. En este ambiente se forma un Comín piadoso y disciplinado, consciente de haber sido elegido para luchar contra los enemigos de la Iglesia y promover el reino de Cristo.

Finalizados sus estudios de bachiller inicia la preparación para su ingreso en la Escuela de Ingenieros Industriales. En este período y en los

primeros años de carrera, Comín mantiene una visión trascendente y conservadora del mundo. Se sigue moviendo en la órbita de las congregaciones marianas; sin embargo, su entorno se enriquece progresivamente y sus referentes religiosos e intelectuales dejan de ser exclusivamente los padres directores de las congregaciones. En estos años, Comín pertenece a un grupo de jóvenes estudiantes, antiguos alumnos de Sarriá, que se están iniciando bajo la tutela de los jesuitas en el apostolado intelectual, *El Grano de Mostaza*. Por otro lado, Comín y sus amigos forman una pandilla, *El Carromato*, a la que pertenecen también chicos y, sobre todo, chicas provenientes de sectores de la burguesía catalana que no comulga con el franquismo. Las lecturas y los debates de *El Grano de Mostaza* y el ambiente de la pandilla generan en Comín y en sus amigos un proceso de distanciamiento progresivo del nacionalcatolicismo en el que han sido educados.

A partir de entonces, como nos explica Carmona en el tercer capítulo, se va a producir una apertura de Alfonso a otros ámbitos políticos, religiosos y culturales, en cuyo seno va a consolidarse la nueva identidad católica que comenzara a emerger entre su grupo de amigos. Alfonso conoce el mundo del trabajo a través del Servicio Universitario del Trabajo (SUT) y descubre en su responsable, el Padre Llanos, un modelo cristiano más acorde con su nueva identidad. Intelectualmente, se introduce en el círculo de la revista *El Ciervo*, una revista en la que escriben un grupo de católicos aperturistas muy influidos

por el catolicismo progresista francés, y en especial por Mounier. Y políticamente forma parte del Frente de Liberación Popular desde su fundación. A finales de la década de los cincuenta, Comín ha dejado atrás su herencia tradicionalista y ha adoptado posiciones netamente de izquierdas. No obstante, Comín, aunque conoce el pensamiento de Marx, está más próximo a un humanismo cristiano radical, en la línea del último Mounier, que al marxismo en cuya órbita intelectual y política se va mover años más tarde.

Por último, el cuarto capítulo está dedicado a analizar los rasgos específicos de la identidad católica de Comín. En la conciencia religiosa de Comín resalta la importancia que tiene la figura de Jesús. Alfonso ha ido descubriendo al hilo de sus experiencias sociales y religiosas durante estos años un Jesús pobre y humilde que, a diferencia del Cristo Rey Celestial, se encarna en las realidades terrenas. Comín descubre este nuevo Cristo en la renovación espiritual y teológica que tiene lugar durante los años cincuenta. Importancia clave tiene para Comín la espiritualidad de Foucauld. En el movimiento religioso creado por Foucauld, Comín descubre una nueva forma de entender el cristianismo.

Todo este complejo proceso de cambio identitario termina plasmándose en la decisión de casarse con su novia, María Luisa, y marcharse a Málaga a trabajar en una Escuela Profesional donde espera comprometerse con los problemas de los trabajadores andaluces. De este modo, Comín decide encarnarse en el mundo de los

pobres al considerar que ésta y no otra es la forma más coherente de vivir el cristianismo.

Con la decisión de marchar a Málaga concluye el itinerario estudiado por Carmona en este libro. En total, son más de trescientas páginas dedicadas a analizar detalladamente apenas treinta años de un personaje del que hoy pocos se acuerdan. ¿Qué sentido tiene, pues, un trabajo de investigación de estas características?

Considero que hay varias razones que avalan no sólo la pertinencia intelectual de este trabajo, sino que además hacen de él un modelo para futuras investigaciones en el campo de la sociología de la religión y en el campo de la sociología de la cultura en general. En primer lugar, el libro de Carmona estudia un fenómeno escasamente estudiado en España: el catolicismo progresista, que resulta de extraordinaria importancia para comprender la reconstrucción de la izquierda española tras la guerra civil. El libro de Carmona se centra en los inicios de este fenómeno que son, si cabe, todavía menos conocidos. En segundo lugar, en esta investigación se hace uso del método biográfico, del que si bien sí que existen algunas investigaciones en su modalidad de historias de vida, no había sido utilizado en su versión de análisis biográfico en la sociología española. Pienso que el uso de esta metodología puede ser de extraordinario valor para analizar procesos de cambio social y cultural. En tercer lugar, esta investigación representa todo un esfuerzo por conjugar con rigor y finura las perspectivas Etic y Emic en el desarrollo de la

investigación. La etnografía de la cultura religiosa católica que hace en el libro ha sido realizada con un exquisito rigor. En esta descripción no se da nada por supuesto, no se prejuzga ningún aspecto. Igualmente, Carmona sabe mantener en todo momento la objetividad científica ante un personaje tan carismático y seductor como es Alfonso Carlos Comín. En cualquier investigación sociológica el investigador se posiciona ante su objeto de estudio; tratándose de un sujeto, la indiferencia ante el objeto de estudio es prácticamente imposible. Sin embargo, en esta investigación podemos intuir una simpatía del autor respecto a Comín, pero no encontramos pruebas significativas de ella. En definitiva, en este trabajo su autor ha extremado la vigilancia

epistemológica de la que nos habla Bourdieu.

Por último, hay que decir que este estudio tiene sentido en sí mismo por cuanto que Comín representa a toda una generación, la «generación del 56». Una generación que empezó a romper con el régimen de Franco y que puso los cimientos de lo que sería el proceso de oposición al franquismo y transición a la democracia. A esto hay que añadir que Comín fue en el ámbito del catolicismo un pionero que sirvió de referente para toda una generación de católicos, y no sólo de católicos, que lucharon por la democracia en los años que precedieron a la muerte de Franco.

José Carlos SAINZ

M.^a ANGELES CEA D'ANCONA

Metodología Cuantitativa. Estrategias y técnicas de investigación social
(Madrid, Síntesis, 1996)

Una realidad que pocos metodólogos sociales ponen en duda es la abundancia de la bibliografía anglosajona en el ámbito de la metodología cuantitativa y la escasez de la española en el mismo. Esa carencia es, si cabe, aún mayor en textos que tienen como objetivo la exposición estructurada y didáctica de una materia como es la de la metodología cuantitativa. El libro de Angeles Cea pertenece a esta clase de compendios. Efectivamente, su lectura reporta los conocimientos suficientes para la

práctica de la investigación social, tanto para aquellos sociólogos y politólogos legos en la materia como para los estudiantes que se enfrentan a su aprendizaje. En este sentido, resulta un manual útil y práctico tanto para el profesorado encargado de impartir la materia como para el «aprendiz».

El libro *Metodología Cuantitativa. Estrategias y técnicas de investigación social* se estructura en cuatro bloques temáticos que la autora agrupa en tres contenidos «inclusivos», en tanto que

la «metodología» abarca a las «estrategias» y éstas a las «técnicas de investigación social».

El primer bloque temático, con contenido claramente metodológico, «Fundamentos teóricos-empíricos de la investigación social», se divide en dos capítulos. El primero de ellos analiza la pluralidad teórica y metodológica que desde los orígenes caracteriza a la sociología, haciendo hincapié en los antecedentes de la investigación social empírica. De esta forma, se realiza un recorrido examinando las aportaciones de las escuelas estadísticas más importantes del siglo XVII: la inglesa y la alemana, pasando por la enumeración de las contribuciones de los padres fundadores de la sociología: Comte, Durkheim, Weber..., hasta llegar a 1896, año en el que se institucionaliza la sociología como asignatura y se crea la primera cátedra en la Universidad de Burdeos.

El segundo capítulo analiza la trayectoria de las dos perspectivas metodológicas más importantes de la sociología: los paradigmas cuantitativista y cualitativista. Se resalta el hecho de que el «enfrentamiento entre ambos paradigmas marcó el desarrollo de la sociología de los años setenta» (p. 47) y la «crisis» de la sociología durante este período. De ahí que se pongan en boga aportaciones como la de «la triangulación» en los años ochenta. La articulación de diversos métodos, o triangulación, es de especial interés para Cea en sus distintas modalidades y diseños, y sobre todo, como alternativa al conflicto de «métodos». El capítulo termina exponiendo la problemática casi

perenne en sociología de la «cientificidad» o «acientificidad» del método, planteada tanto por metodólogos como filósofos de la ciencia en el ámbito de las ciencias sociales en general.

El libro sigue desarrollando las diversas fases que componen el proceso de investigación social. El capítulo II se centra en el punto inicial de cualquier investigación: el proyecto de investigación. El proyecto debe desarrollar los objetivos de la investigación, el diseño de ésta y su factibilidad.

Es en este capítulo donde aparece una de las características más elogiadas de este texto: después de cada explicación de las fases y conceptos imbricados en un proceso de investigación se relatan los ejemplos prácticos junto a una serie de ejercicios y problemas a realizar. De esta manera, no se explica únicamente la formulación del problema de investigación, también se describen los ejemplos necesarios para su planteamiento; lo mismo ocurre con la «formulación de hipótesis», con «el diseño»...

El rasgo anterior, la estructura de conocimientos y la práctica de éstos, persiste en cada uno de los apartados del texto. Siendo destacable el hecho de que en numerosas ocasiones dichos ejemplos son extraídos de investigaciones efectuadas en la realidad.

Del marco teórico de una investigación emergen necesariamente unos «conceptos» a medir. Pero estos conceptos no son medibles en su definición teórica; resulta necesaria la definición operacional o, lo que es lo

mismo, la que nos permite transformarles en variables empíricas o en indicadores. En todo caso, debemos comprobar la validez y fiabilidad de los indicadores. Es decir, asegurarse de medir lo que se pretende medir y conseguir que las mediciones repetidas sean consistentes. Es esta parte del proceso de investigación, la «operacionalización de los conceptos», la que la autora desarrolla en el capítulo V.

El área temática «Preliminares de la Investigación» finaliza con el capítulo dedicado a «La selección de las unidades de observación: el diseño de la muestra». Esta fase del proceso de investigación tiene una gran importancia, ya que si no se seleccionan adecuadamente las unidades muestrales la información recabada carece de validez científica. Angeles Cea dedica amplio espacio a cada uno de los requerimientos para seleccionar adecuadamente las unidades de observación: la definición del marco muestral, la especificación del tamaño de la muestra, el error de muestreo y los tipos de diseños muestrales.

Las diversas formas de obtener la información en la investigación social son los objetivos de la tercera parte del libro. El capítulo VI indaga sobre el uso de fuentes documentales y estadísticas, aclarando sus ventajas y desventajas. El ejemplo práctico examinado es el de la abstención electoral en España de 1977 a 1993*.

* Ejemplo extraído del libro del profesor Manuel JUSTEL, *La abstención electoral en España, 1977-1983*, CIS-Siglo XXI, Madrid, 1995.

Otra manera o «estrategia» analizada es la de la encuesta. Se estudia su tipología: la entrevista personal, la telefónica y la de correo; sus diseños, sus especificidades, sus ventajas y desventajas. La construcción del cuestionario y el trabajo de campo son tratados con especial interés.

Por último, se finaliza con la exposición de la estrategia de la experimentación, que aunque es «más habitual en el campo de la psicología social que en la sociología» (p. 293), no deja de tener relevancia como método configurador de modelos causales.

Recogida la información, es necesario pasar a su análisis y explotación. Es ésta la última fase del proceso de investigación, «el análisis y presentación de los datos», la que cierra el texto. Por un lado, se explican las técnicas estadísticas de análisis de datos y contenido, sus ventajas y desventajas, así como un apartado sobre los paquetes estadísticos genéricos y específicos en su utilización. Por otro, se analiza sucintamente la organización y redacción de un informe de investigación, es decir, la presentación de los datos.

Sólo resta insistir en la utilidad que el texto de la profesora Angeles Cea D'Ancona tiene como manual. En él se estructura el conocimiento y la práctica de una materia que resulta cada día más necesaria en el trabajo de los científicos sociales: la metodología cuantitativa.

Rosario ALVAREZ GONZÁLEZ

ANGEL JUAN GORDO LÓPEZ y JOSÉ LUIS LINAZA (comps.)

Psicologías, Discursos y Poder (PDP)

(Madrid, Editorial Visor, 1996)

La mirada científica sobre el mundo ha oscilado siempre entre la obsesión por la unidad y el buscado rescate de lo múltiple, pero con desigual fortuna. Porque si lo no-idéntico, lo diverso y plural, apenas atravesaron la precaria frontera del pensamiento del afuera, la idea unificante y objetiva de la verdad obtuvo históricamente para sí la atención de las corrientes canónicas del saber y de los regímenes de poder que vieron en ellas su más estimable dispositivo de legitimación. Sin embargo, por una pintoresca confluencia de factores, la situación parece haber cambiado. Porque no se trata sólo de la complejidad de lo social, de la metamorfosis del trabajo o de la emergencia en la ciencia contemporánea de desarrollos centrados en las catástrofes, la fatalidad y el caos (epifanías que hacen implausible toda búsqueda de esencias simples e inmutables y, por extensión, de toda categorización «fuerte», cuyo sustrato antropológico sirva para subsumir en unas pocas leyes y categorías la pluralidad indefinida, y así conseguir el cierre del modelo al modo tradicional).

Se trata de todo ello, sí, pero también de algo más, acaso más decisivo, pues en su cénit de radicalidad se constituye en motor e índice de una época de tan impresionante opacidad y diseminación. Me refiero al creciente énfasis sobre el carácter social y lingüístico de lo que tomamos por bueno y verdadero y, por tanto, en el

objeto y método privilegiado de las ciencias sociales. Pues desde Wittgenstein (y, entre nosotros, Ortega y Gasset) sabemos bien que las ideas y creencias anclan en juegos lingüísticos y en estilos de vida socialmente operantes, lo que equivale a decir que las diferentes formas de relación entre lo individual y lo social tienen que ser comprendidas a partir de su expresión lingüística en los marcos sociales y políticos en que históricamente se dan. Al reto de este multiverso de lenguajes, mediante los cuales se expresan las formas de conocimiento psicológico, las políticas a las que responden y en cómo ambas conforman la subjetividad epocal, responde el libro *Psicologías, Discursos y Poder (PDP)*, en el que los distintos autores (decididos confaloneros de lo heteróclito y múltiple frente al fanatismo de la unívoca verdad) intentan captar, comprender y trasladarnos una reflexión psicosociológica sobre las relaciones entre lenguaje, psicología y política.

Lejos de la adaptación al *prêt à porter* de la producción experimental o estadística al uso, el trabajo compilado por A. J. Gordo y J. L. Linaza es una colección de textos que aportan distintos tipos de alternativas teóricas (socioconstruccionistas) y metodológicas (analítico-discursivas y conversacionales) a la literatura psicológica y psicosocial de nuestro país, de tan rancia tradición académica, salvo las celebradas excepciones que los compiladores reconocen como punto de

partida de su navegación (J. R. Torregrosa y B. Sarabia, 1983; J. Varela y F. Alvarez-Urfa, 1988/1994). Línea de trabajo que constituye un buen ejemplo de actividad metadisciplinar, comprensiva de colaboraciones palimpsestuosas, pues al tiempo que abordan los distintos capítulos temáticos, incorporan su aportación a una teoría del nuevo paradigma constructivista y analítico-discursivo en psicología. El común denominador de todos los colaboradores es la necesidad de un nuevo *aggiornamento* de la psicología y la psicología social (pues, a pesar de ser el área más crítica y reflexiva de la psicología, adolece todavía del tic positivista en sus modelos dominantes: cognitivo-conductual y sociocognitivo) que, distanciándose del doctrinario «realista natural y/o crítico», se aproxime a la reflexión teórica general sobre el avatar humano y a la recuperación de la antropología filosófica en sus modelos (la gran forclusión del realismo), para así, desde el quehacer psicopsicológico, ayudar a reconducir el debate sobre el actual sentido y significado de habla/acción humana. De ahí que los autores, desde el ámbito universitario, pero con una sensibilidad atenta al efecto revelador y subversivo de la experiencia, se hayan apresurado a recoger los fragmentos del conocimiento que, por no hallar cabida en el discurso académico tradicional, permanecen emboscados en los saberes de la experiencia discursiva. Por tanto, *PDP* nos ofrece un punto de lectura en donde se entrecruza el discurso universitario con el discurso cultural, tanto culto como popular, proporcionándonos un

genuino espacio de intensidad teórica y metodológica.

Los veintidós capítulos que componen el texto siguen el hilo de seis secciones temáticas. En la primera sección, donde prevalece un enfoque genético, se perfilan algunas de las principales «tradiciones y preferencias metodológicas en las psicologías discursivas y culturales». Tras una esclarecedora introducción de J. R. Torregrosa, W. Hollway espiga en el elenco conceptual del psicoanálisis lacaniano, para definir un enfoque discursivo que ulteriormente aplica al estudio de las dinámicas de deseo y poder en las relaciones de pareja; M. Wethevell y J. Potter nos ilustran sobre los antecedentes del método discursivo, para después implementar su perspectiva en la comprensión psicosocial del prejuicio; I. Parker presenta el uso psicosocial del análisis de discurso, enfatizando que este método tiene la ventaja de mantener en un primer plano la idea de que los sistemas de significado son estructuras que organizan la subjetividad; y J. Serrano presenta su psicología crítica y hermenéutica destinada a comprender la doble función estructural y estructurante de las prácticas culturales.

En contraste con la aproximación genética de la primera, los ensayos que componen la segunda sección ofrecen una presentación de las metodologías discursivas y conversacionales y de sus aplicaciones al estudio de la acción social. Tras una introducción temática de L. Iñiguez, A. E. Kottler y S. Swartz presentan una versión detallada del análisis de la conversación y de su virtualidad para la

investigación psicológica; C. Antaki y L. Iníiguez examinan formas de expresión y posicionamiento en una situación específica: una entrevista de selección; F. Díaz Martínez se interesa por acentuar el potencial de la etnometodología y el análisis conversacional en la evaluación psicosocial, identidades y acciones colectivas inherentes al desarrollo de un proyecto de cooperación entre la Comunidad Europea y El Salvador; y J. Bowers utiliza el análisis conversacional aplicándolo al estudio de los multimedia. La tercera sección, «Aproximaciones discursivas para la de/construcción de discursos de la educación y del desarrollo (del tercer mundo y sexual)», resume aproximaciones críticas y discursivas dedicadas al estudio de la psicología de la educación (R. Mercado y J. Linaza), del desarrollo del tercer mundo (E. Burman) y la práctica clínica en un tema de infausta actualidad: el abuso sexual del menor (A. Levett).

Las relaciones entre análisis del discurso y psicoanálisis inauguran la cuarta sección, cuyos trabajos son representativos de los usos discursivos de aproximaciones psicoanalíticas. Así, I. Parker rescata los vínculos olvidados entre psicología y psicoanálisis que sitúan a este último como el «otro» reprimido de la psicología; Parker, con mirada que escucha, analiza las dinámicas de control que definen —con valor sintomal— el «yo» de la sociedad británica de psicología, y desvela sus mecanismos de defensa, desplegados en contra de otros modos de hacer psicología; D. Marks, en un uso discursivo de los estudios de W. R. Bion, estudia la toma de deci-

siones y las situaciones de conflicto surgidas en un grupo de profesionales implicados en educación y asistencia social; E. Burman examina críticamente las prácticas de poder en el encuadre de la psicoterapia feminista; y E. Georgaca y A. J. Gordo examinan distintas subjetividades y sus funciones discursivas a través de entrevistas con pacientes «psicóticas», para mostrar que la variabilidad lingüística de los individuos diagnosticados como psicóticos cuestiona su subsunción, por parte de la psiquiatría, en una misma categoría nosológica.

La quinta sección, «Psicología, política y resistencia», se compone de trabajos que, desde distintos enfoques de investigación, comparten el propósito de crear usos más libertarios del quehacer psicológico. En la introducción, J. Varela enmarca las tres colaboraciones que la componen en «un proceso colectivo de elaboración de teorías alternativas de la subjetividad», sugiriendo la pertinencia de que estas líneas de investigación se nutran de un modelo de análisis sociogenealógico que, vetando las contribuciones de N. Elias y M. Foucault, sirva para dar cuenta en el tiempo de las relaciones entre producción de conocimientos, formas de poder y procesos de subjetivización. T. Ibáñez comienza ilustrándonos cómo el construccionismo, proyecto en el que las perspectivas discursivas participan, está ayudando a «desmantelar el dispositivo autoritario en que se había convertido la psicología», incorporando su preocupación sobre la estilización/emancipación de la subjetividad y la reflexividad epistémica, como bases sustantivas de su

propuesta de psicología libertaria; J. M.^a García-Bores realiza una «desarticulación» crítica de los discursos que fundamentan la intervención psicológica en el espacio penitenciario; S. Reicher se interesa por los procesos de categorización social y su impacto en las dinámicas de identidad-identificación, proponiendo una colaboración entre el tradicional enfoque de la teoría de la identidad social y los innovadores enfoques discursivos.

La sexta y última sección del texto, «Post/modernidad, tecnologías y ciberpsicologías discursivas», atiende al estudio de las tecnologías informáticas y de las nuevas formas de subjetividad, regulación y subversión que acompañan a sus usos e interpretaciones. Así, tras la introducción de A. B. García-Vera, T. Cabruja inicia la sección con una introducción a la post-modernidad como configuración sociocultural y su impacto en la subjetividad y en las relaciones de poder de género-sexo; J. Pujol constata la pérdida de la dimensión humana y su suplantación por la biotecnología aplicada a la reproducción asistida que, en base a los principios de «libertad de elección» y «legítimo deseo», reproduce y perpetúa el tradicional modelo de familia occidental; H. J. Figueroa-Sarriera nos deconstruye el investimento mágico-religioso con que la propaganda presenta los espacios cibernéticos (*cyberspace*), los cuales están constituyendo nuevas formas de subjetivación (*cybercitizen*), señalando, con perspicacia, la pertinencia de una reconsideración del psicoanálisis para el análisis crítico de la erótica ciber y sus novedosas propuestas de relación entre «objeto» y

deseo; por último, A. J. Gordo López y W. R. Macauley, presentan los usos psicológicos y políticos del diseño cibernético de la imagen corporal (en las hibridaciones humano-tecnológicas: *cyborgs*), así como de las redes informática de comunicación (*interfaz*).

Evidentemente, *PDP* es un libro ambicioso e intempestivo dada la impugnación que late en su entraña de las actuales formas dominantes de hacer psicología. Los autores son conscientes, por tanto, de las resistencias académicas que este libro puede suscitar, pero se sienten seguros. Seguridad que les deviene de saberse que son los profesionales que antes han incorporado a ese área de conocimiento los giros «lingüístico» y «reflexivo» (dados en la filosofía y en el resto de las ciencias sociales), y, además, porque, en línea con M. Foucault, son conscientes de que «la verdad no deriva de la revelación de un proyecto, sino de lógica de las estrategias opuestas». En definitiva, libro que ilustra, a la par que desarma a los detractores de las propuestas alternativas, facilitando una mayor clarificación e inteligibilidad sobre el kairós de las nuevas formas de pensar y hacer psicología/s. De paso que lleva a la praxis la propuesta que J. Ibáñez definió como «el paso del continente al archipiélago» (revista *Sistema*, núm. 96, 1990), esto es, como lejos de los metarrelatos y del agavillamiento en las grandes organizaciones, las redes colaborativas en grupos pequeños pueden servir de canales para la acción colectiva posible hoy.

Carlos SOLDEVILLA PÉREZ

ROBERTO GARVÍA

En el País de los Ciegos: la ONCE desde una perspectiva sociológica
(Barcelona, Editorial Hacer, 1997)

El sociólogo Roberto Garvía, profesor de la Universidad Carlos III de Madrid, nos brinda en este libro uno de los estudios sociológicos más brillantes y mejor escritos de los últimos años. El autor propone un modelo sociológico original para el análisis de las organizaciones complejas y lo aplica con gran pericia al caso de la Organización Nacional de Ciegos (ONCE), cuyos orígenes y desarrollo ofrecen terreno virgen para la imaginación sociológica. Y es que a Garvía no le faltan iniciativa y olfato sociológicos para explotar magisterialmente un tema ya de por sí lleno de sorpresas. Se pregunta el autor cómo es posible que en un país azotado por el paro exista un colectivo tan discriminado como los ciegos disfrutando de un virtual pleno empleo y de salarios relativamente elevados; o cómo es que la ONCE ha llegado a convertirse en uno de los grupos empresariales más importantes del país, figurando entre los veinte mayores en términos de ventas y entre los cinco mayores en cuanto a empleo. Lo más paradójico del caso es que la situación de los ciegos en España es única en el mundo. En ningún otro país se han conseguido niveles de empleo y de retribución tan elevados para un grupo ascriptivo que resulta en principio tan difícil de incorporar a la población activa.

Y es que en España —como en otros países— se intentó de todo y desde todas las perspectivas ideológi-

cas para resolver o aliviar el problema de la inserción social de los ciegos. Los ilustrados pretendieron acabar con sus gremios bajo la premisa de que no lograban sino perpetuarles en su indigencia; los colegios especiales de ciegos del siglo XIX no consiguieron su objetivo de educarles para profesiones manuales; y los asilos y patronatos de principios del XX languidecieron a causa de la penuria de fondos. Estos y otros detalles aparecen minuciosamente documentados en el libro de Garvía, quien añade una interpretación sociológica acertada y bien informada teóricamente.

La parte central del libro se dedica a la ONCE, una organización única en el mundo. Creada durante la Guerra Civil como una más dentro del incipiente aparato corporativista, la ONCE navegó las turbulentas aguas del régimen franquista sin llegar a encontrar una posición estable o enteramente autónoma. Siempre sujeta al control ministerial y a los vaivenes del equilibrio de poder en el seno del régimen, la ONCE vio cómo sus objetivos iniciales de incorporar a los ciegos a la vida productiva se desplazaron gradualmente por el afán de sus dirigentes de crear un sistema de previsión o mutualidad financiado mediante la venta de rifas o cupones. Si bien la ONCE creó fábricas de escobas, caramelos y cepillos para dar empleo a los ciegos, las actividades relacionadas con la administración y venta del cupón terminaron emplean-

do a la inmensa mayoría del colectivo.

Empleando conceptos clásicos de la sociología institucional de las organizaciones (Selznick) y de sociología política (Offe), Garvía procede en una serie de capítulos a dar respuesta a los interrogantes básicos que rodean la evolución de la ONCE como organización. En primer lugar, el autor resuelve con acierto la cuestión de por qué los ciegos y no otros colectivos de minusválidos consiguieron crear una organización tan potente durante los años cuarenta y cincuenta: los ciegos siempre contaron con mayores recursos retóricos y menos alternativas a la creación de una organización exclusiva para defender sus intereses y proporcionarles empleo.

En segundo lugar, Garvía explica que la ONCE consiguió mantener y aumentar su licencia de administrar juegos de azar incluso ante la oposición del Ministerio de Hacienda, cuyos ingresos se verían seriamente mermados durante los años ochenta con la creciente popularidad del cupón pro-ciegos. El autor sostiene que la ONCE había llegado a suponer una solución satisfactoria para el problema social de los ciegos, de tal manera que la organización se hizo imprescindible. En otras palabras, la ONCE y el Estado llegaron con el tiempo a depender mutuamente. Finalmente, Garvía presenta materiales empíricos fascinantes relativos a cómo las bases de la organización, durante un período de creciente democratización interna, consiguieron persuadir a los dirigentes de que la venta del cupón era una actividad tan digna como cualquier otra. De

esta manera se conseguía durante los años ochenta legitimar la que era actividad primordial de la ONCE no ya como un medio para alcanzar el fin de la inserción social de los ciegos, sino como un fin en sí misma. Vender el cupón dejó de ser un acto de solicitud de caridad para convertirse en la prestación de un servicio como cualquier otro.

Quizás la contribución sociológica más importante de este libro sea la destreza con la que el autor documenta e interpreta cómo los objetivos fundacionales de la ONCE como organización se vieron desplazados y finalmente invertidos. Garvía demuestra una familiaridad extraordinaria con las fuentes clásicas en sociología de las organizaciones. Conviene, sin embargo, advertir que la inversión de los objetivos organizativos de la ONCE no se coronó hasta que se produjo la transformación de la ideología sobre el trabajo del vendedor del cupón. Es en este sentido que la evidencia presentada por Garvía supone un análisis distinto del usual en el campo de los estudios institucionales sobre las organizaciones. La presión en favor de un cambio en los objetivos no solamente provino del entorno de la organización —su relación con el Estado y las dificultades en el mercado de trabajo—, sino también de las bases de la organización. *En el País de los Ciegos* es uno de los estudios de sociología más importantes de los publicados en España durante los últimos años, revelando a Roberto Garvía como uno de los sociólogos más brillantes de la nueva generación.

Mauro GUILLÉN

RAFAEL GOBERNADO ARRIBAS (autor y coord.)
Análisis comparado de la estructuras sociales de Andalucía y Cataluña
 (Universidades de Málaga y Almería, 1996)

La sociología española todavía está lejos de encontrar el punto exacto de lo que puede considerarse en sentido estricto como una actividad científica, una actividad necesariamente caracterizada por una equilibrada y fructífera fusión intelectual entre *teoría* y *empiría* que desemboca en la obtención de conocimiento sobre la realidad social. La distancia entre el trabajo académico, o metateórico, como es denominado con exactitud por G. Ritzer, y el trabajo empírico es todavía demasiado grande para esperar de nuestro quehacer resultados consistentes. La sociología española se debate entre el trabajo académico de orientación escolástica, en el que se reproducen o se crean obras mal llamadas teóricas, y el trabajo empiricista que recaba mera información mal llamada conocimiento.

En este sentido, la obra que comentamos, *Análisis comparado de las estructuras sociales de Andalucía y Cataluña*, se ha concebido con una clara y consciente pretensión de fundir teoría y empiria, pretensión de mayor riesgo por cuanto, obviamente, resulta más sencillo esbozar teorías sin reparar en ningún tipo de contrastación, o producir datos sin ofrecer ninguna interpretación, salvadas las banalidades al uso, o los sólitos tópicos sociológicos a los que, desgraciadamente, ya empezamos a acostumbrarnos o, lo que es incluso peor, ya se empiezan a acostumbrar los consumidores de sociología.

Empresa metodológicamente arries-

gada por cuanto, tratándose del proceso de modernización, tan ampliamente estudiado por la sociología, parece haberse dicho todo sobre él. Arriesgada, también, porque cuando se pretende obtener contrastaciones empíricas de modelos, y de sus hipótesis derivadas, tanto la teoría como los modelos pierden brillantez en el oportuno camino hacia la sencillez, la operativización y la parsimonia científica. El objeto del trabajo que se presenta no es otro que mostrar las modificaciones que se producen en las estructuras sociales de las sociedades que se desarrollan, contrastando un modelo y unas hipótesis, con el apoyo de una estricta metodología comparativa, en el análisis de las estructuras sociales de dos comunidades posicionadas en distintas fases del proceso de modernización.

El modelo de modernización base del trabajo contiene dos tesis estructurales, la tesis de la *homogeneidad*, por un lado, y la tesis de la independencia o *individuación*, por el otro. Ambas se enmarcan en un proceso de cambio socioeconómico mediante el que se obtienen en sus estados relativamente avanzados y finales mayores cotas de riqueza económica y mayores cotas de prestigio social. En sus aspectos dinámicos, en cuanto a las modificaciones detectables en la estructura social, el proceso de cambio se concibe según no una pauta lineal de crecimiento, sino según la pauta en forma de «S», similar a la

establecida para el proceso de transición demográfica, otro cambio típico de la modernidad. En esta pauta se distinguen tres fases, una etapa inicial que corresponde a la *tradición*, una etapa posterior de *transición* y una final de *modernización*.

Así, la tesis de la homogeneidad, enunciada inicialmente por L. Cafagna en un artículo publicado en 1992 y titulado «Modernización Activa y Modernización Pasiva», sostiene que es en la etapa de transición donde existirá mayor heterogeneidad en la estructura social y que, por contra, en los estados iniciales y finales del proceso podrán detectarse niveles más altos de homogeneidad. Dado que tanto Andalucía como Cataluña no pueden considerarse sociedades tradicionales, índices más altos de homogeneidad socioeconómica se corresponderán con un estado más avanzado en el proceso de modernización, tesis que se comprueba con todo rigor en base a la comparación de multitud de dimensiones estructurales de las sociedades andaluza y catalana. A efectos del proceso modernizador, la sociedad catalana se encuentra en la *meseta* superior de la curva de modernización, mientras que la sociedad andaluza se encuentra todavía en la *rampa* de la curva, lo que se constata por la mayor heterogeneidad de su estructura social.

La segunda tesis de la que se persigue rigurosa verificación empírica, según lo dicho, es la de independencia o individuación. Esta tesis sostiene que el proceso de modernización va acompañado de la relativa disolución de los condicionantes sociales en las distribuciones individuales de los

incrementos de riqueza y de prestigio obtenidos por la sociedad. En palabras del autor, en la sociedad moderna perfecta «la desigualdad existente sería la propia de las desigualdades de origen individual (desigualdades biológicas y psicológicas); mientras que desaparecerían las desigualdades de tipo colectivo (desigualdades sociales, culturales y territoriales)». Así, pues, el análisis de la estructura social comparada demuestra que en Andalucía las condiciones sociales, antes que los méritos individuales, tienen una mayor incidencia en los procesos de asignación.

Dos aspectos parece importante destacar en el conjunto de la obra. Primero, el hecho de que hoy el relativo retraso andaluz deriva fundamentalmente de su incapacidad para incorporar al mundo rural en el proceso modernizador. Conclusión que comparto plenamente, y que he sostenido en algún artículo defendiendo la *tesis del vacío rural*, vacío que es más profundo en Andalucía que en otras comunidades. La ruralidad no acoplada al proceso modernizador pierde sus funciones tradicionales sin encontrar otras nuevas, modernas, lo que conforma a la ruralidad como una rémora de la modernización, como un vagón de cola que Andalucía tendrá que recuperar, con adecuadas políticas socioeconómicas, si quiere completar su proceso de desarrollo y pasar de la rampa a la meseta superior de la modernización.

Otro aspecto importante es el tratamiento comparativo de las relaciones entre nacionalismo y modernización. El nacionalismo puede surgir de un contraste entre los niveles y proyectos de desarrollo respectivos entre la

comunidad regional y la comunidad nacional. En el caso de Cataluña, más desarrollada que el resto del Estado, el nacionalismo busca mediante la diferencia una autonomía que le permita establecer una diferencia. Así, nacionalismo, aparentemente un localismo, está vinculado a modernización universalista animada por las clases hegemónicas de esa comunidad. A la inversa, dado el retraso socioeconómico andaluz, respecto del conjunto del Estado, lo que esta comunidad proyecta es un mayor grado de vinculación nacional, no tanto de autonomía, de donde se deriva el hecho, capital, de que las clases hegemónicas andaluzas sean más españolistas, y el nacionalismo andaluz esté relativamente más asociado a la tradición y a las clases populares.

En fin, una obra que merece ser leída, realizada con esmero y celo metodológico, por un conjunto de profesores de las Universidades de Málaga, Barcelona y Almería (Rafael Gobernado Arribas, Encarna Herrera Martínez, Ramón Hidalgo Sánchez, Félix Requena Santos y Gonzalo Herranz de Rafael), en la que se han analizado e interpretado datos de la Fundación CIRES, dirigida por el profesor Juan Díez Nicolás.

Obra que se completa con un atinado Epílogo teórico de la profesora Carlota Solé, «Modernidad e igualdad en la superación de las desigualdades regionales», señalando precisamente el sustrato último de las reflexiones, esto es, los exactos vínculos que se establecen entre la igualdad social, deseable, y la modernidad, también deseable, que discurren a veces, indeseable y transitoriamente, por diferentes sendas. Para terminar, y siguiendo el camino abierto por Carlota Solé en el Epílogo, al referir el concepto de *modernización reflexiva* establecido por Ulrich Beck en su obra *Risk Society. Towards a New Modernity*, pudiera anotarse que al proceso que trata de captar el libro que se comenta, es decir, el paso de la Tradición a la Modernidad, le está sucediendo un nuevo, y cualitativamente distinto, proceso de modernización que se solapa con aquél, proceso de la Modernidad a la Postmodernidad que debe ser estudiado con diferentes presupuestos, pero que puede ser estudiado, y les animo a ello, con la experiencia adquirida por este grupo de investigación tan excelentemente coordinado por el profesor Rafael Gobernado Arribas.

Eduardo BERICAT ALASTUEY

ROCÍO VALDIVIELSO DEL REAL

La carrera diplomática en España (1939-1990)
(Madrid, Ministerio de Asuntos Exteriores, 1996)

Se trata del primer libro de Rocío Valdivielso; un libro de una calidad notable y que permite mantener unas expectativas altas para aquellos que le

sigan en los próximos años. El libro es un resumen excelente y muy bien escrito de su tesis doctoral, que consigue mantener el interés del lector

interesado en el tema y, a la vez, satisfacer el rigor que exige nuestra pequeña comunidad de científicos sociales. Es un libro breve, de cinco capítulos, que expone lo que promete en su título. El primero es un capítulo introductorio, en donde se hace una distinción entre las características y funciones de la diplomacia prenapoleónica y la diplomacia actual, se exponen las razones de su profesionalización y cómo ésta tuvo lugar durante el XIX y primer tercio del XX español.

El capítulo segundo, ya centrado en el período posterior a la guerra civil, trata sobre la selección del personal diplomático, prestándose la atención que merece a los requisitos formales de acceso a la carrera en lo que se refiere a la edad, estado civil y estudios previos requeridos. Lo interesante de este capítulo es que ofrece datos suficientes para poder decir que, dados aquellos requisitos formales y el perfil social de los que han conseguido ingresar en el Cuerpo, han actuado otros mecanismos *informales* de selección. Los más importantes son los que afectan al origen social. Se muestra así que en algunas promociones es elevado el porcentaje de hijos de padres diplomáticos que han accedido a la profesión (un 33 por 100 en la promoción de 1969, pero también un 21 por 100 en la promoción de 1983). Esto es muy interesante: se comprueba que aun habiéndose incorporado a lo largo de los dos últimos siglos criterios universalistas de selección, el índice de cierre ocupacional adscriptivo de la profesión diplomática sigue siendo significativo. La profesión ha explicado

esto por motivos de socialización. Se dice que ciertas habilidades profesionales, como capacidad de negociación, de persuasión, prudencia, discreción y buenos modos, «suelen ser condiciones innatas (...) difícilmente son materia de instrucción» (p. 21). La autora parece aceptar esta explicación. Así se mantiene que los hijos de diplomáticos, al haber sido «socializados» desde su infancia en estas habilidades sociales, tienen mayores posibilidades de ingresar en el cuerpo cualesquiera criterios universalistas (p. 50). Puede que esto sea cierto: que las más importantes habilidades profesionales del diplomático sean innatas. Pero puede que no lo sea y que esta «explicación» forme parte de la ideología de la profesión del diplomático, que como la de cualquier otra profesión siempre recurre al concepto de vocación (en su vieja acepción religiosa, como el conjunto de habilidades transferidas por Dios a un individuo), para procurarse y justificar *a posteriori* el cierre ocupacional. La forma de empezar a salir de dudas sería comparar porcentajes de herencia ocupacional entre la diplomacia española y la de otros países de nuestro entorno (que, cabe suponer, comparten la misma ideología profesional). Sería también interesante comparar porcentajes de herencia ocupacional entre diplomáticos y otras profesiones y Cuerpos en España (además del caso de los militares que la autora menciona).

Otro posible mecanismo de selección informal afecta al origen geográfico, mostrándose una subrepresentación significativa de Cataluña y otras áreas geográficas en la carrera diplo-

mática. Al igual que respecto a los datos sobre herencia ocupacional y endogamia del apartado anterior, los datos que ofrece la autora respecto a este otro asunto hacen del libro una herramienta valiosísima para el conocimiento de la diplomacia española. Aquí, sin embargo, habría sido conveniente que la autora hubiera dedicado mayores esfuerzos para explicar este fenómeno, pues no me parece suficiente aludir a «factores psicosociales», que parecen sólo afectar a los potenciales candidatos (p. 56). Puede que haya sido así, efectivamente; pero puede ocurrir que aquella subrepresentación pueda explicarse por el otro lado de la ecuación: el propio Cuerpo, que mediante mecanismos de selección informales procura una sobrerrepresentación de la región castellano-leonesa en detrimento de otras regiones. Una forma de averiguar si se ha venido aplicando algún tipo de mecanismo informal de selección sería comparar porcentajes regionales de solicitantes y admitidos en la carrera. Pero no hay datos al respecto.

Los capítulos tercero y cuarto son también extraordinariamente interesantes. Tratan sobre la carrera como tal: evolución de efectivos, categorías, criterios de ascenso y adjudicación de destinos. Aquí se muestran las características básicas del proceso de profesionalización de la carrera diplomática. En concreto, según los datos ofrecidos por la autora, los diplomáticos españoles parecen haber seguido (y al parecer con éxito notable) las estrategias clásicas del proceso de profesionalización descritas por la literatura sociológica: Controlan el proceso de selección, por lo que se puede hablar

de autorreclutamiento (lo que les permite controlar la «oferta» de profesionales y mantener así un *status* social elevado). Gobiernan la escuela profesional que «faculta» a los futuros diplomáticos, garantizándose así un proceso de socialización en la profesión que favorece la interiorización de un *ethos* o ideología profesional. Regulan la carrera profesional, reservándose en gran parte las decisiones sobre ascensos y provisión de destinos. Para los ascensos, el criterio de más peso es el de antigüedad, óptimo para subrayar el componente de «intercambiabilidad» (a saber, enunciados del tipo «todos los profesionales “estamos” igualmente preparados por lo que somos intercambiables»), propio de las ideologías profesionales (moderado este criterio, sin embargo, por otro de elección, más particularista, pero aplicado por los mismos profesionales y no por personas ajenas a la profesión). Están «separados socialmente» (p. 51). Tampoco se dejan curiosear mucho por personas ajenas a la profesión (p. 49, n. 48). Y han conseguido monopolizar el ámbito de su actuación. Se observa así que entre los diplomáticos se repiten todas las características de los grupos profesionales. Falta algo, sin embargo, sobre lo que la autora no se detiene pero que es muy importante. Me refiero a la ideología profesional que, como se ha visto brevemente más arriba, cultivan las profesiones para justificar sus privilegios y cierre ocupacional. Al respecto, un estudio del contenido de los documentos de la profesión y un repaso a las memorias de actuación e incluso autobiografías de diplomáticos habría enriquecido enormemente

el estudio, no sólo en cuanto a esta cuestión de la ideología profesional, sino también respecto al tema del «poder» de la profesión sobre el que me detengo ahora.

El capítulo quinto y último es, desde mi punto de vista, el más problemático. Estudia aquí la autora el poder de los diplomáticos utilizando el concepto de «conjuntos de poder». El argumento es el siguiente: tienen poder (político, se sobreentiende) el «conjunto de individuos que ocupan un conjunto de puestos particularizados en organizaciones sociales particularizadas. Estos puestos están relacionados entre sí, lo que garantiza la existencia de relaciones estructurales entre los individuos que los ocupan» (p. 152). ¿Cuáles son estos puestos en concreto? Son los puestos que se ocupan en la Administración tras un nombramiento por Decreto (los «altos cargos», para entendernos), los puestos en los Consejos de Administración de grandes empresas públicas y privadas, y los puestos (o actas de diputado o senador) en las Cortes. La idea, para resumir, es la siguiente: aquellos individuos que ocupan posiciones en dos o tres de estos ámbitos pertenecen al «núcleo» (del poder, se entiende), mientras que aquellos que sólo ocupan una posición en uno de aquellos tres ámbitos pertenecen a la «periferia». Lo que hace la autora es utilizar datos numéricos de «personas en los conjuntos de poder» en España (tanto en el núcleo como en la periferia —ver cuadro 12, p. 157—) y contar cuántas de éstas son diplomáticos. Posteriormente, con datos de otros Cuerpos de la Administración compara si los diplomáticos: 1) están mejor o peor representados que los miembros

de estos otros Cuerpos en el núcleo y la periferia, y 2) si están (en relación con otros Cuerpos) más o menos representados en cada uno de esos tres ámbitos («altos cargos», Cortes, Consejos de Administración).

Hechos los cálculos necesarios se concluye que la cuota de participación de los diplomáticos en los conjuntos de poder es más bien escasa. ¿Hay que concluir que los diplomáticos tienen escaso poder? Si se hace así, se cometería un grave error, desde mi punto de vista.

Creo que esta estrategia para estudiar el poder de la profesión diplomática es deficitaria. El concepto de «conjuntos de poder» tiene varios inconvenientes graves. En primer lugar, puede confundirse poder con *status*. Una persona que ocupa posiciones relevantes en alguna o varias de esas tres esferas es una persona que tiene un alto *status*. Eso no implica que tenga poder. Que lo tenga exige demostrar que ocurren varias cosas: que sepa ejercerlo en ese contexto organizacional, que quiera ejercerlo, que lo ejerza, y que lo haga eficazmente (habida cuenta de las necesidades de la organización, de los constreñimientos del entorno y de las estrategias de oposición de otros que también ocupan posiciones relevantes dentro de esa organización). Si no se muestra que se dan estas condiciones, no se demuestra nada. Por poner un ejemplo *extremo*: que un diplomático ocupe un puesto en el Consejo de Administración de una empresa del INI o una empresa privada no implica que tenga más poder. Que lo tenga o no lo tenga es una cuestión que hay que investigar: puede que sólo se limite a «figurar»

ahí, procurando a esa organización un mayor grado de legitimidad frente al entorno, o puede ser que se le haya destinado allí como premio al final de su carrera (los «cementeros de elefantes», se solían llamar).

En segundo lugar, identificar «poder» con «posiciones de poder» significa mantenerse en la caracterización del poder como un atributo, desde donde se puede decir que una persona tiene más o menos poder (o, siguiendo la terminología que se emplea en el libro, que está en el núcleo o en la periferia). Pero ¿qué significa esto concretamente? La verdad es que poco o nada. Es más recomendable estudiar el poder desde una dimensión relacional, lo que implica especificar dónde exactamente se ejerce ese poder (en qué área política), con respecto a quiénes concretamente y en qué condiciones. Por poner un ejemplo: para estudiar el «poder» de los ingenieros sería más relevante estudiar hasta qué punto (con respecto a qué otros colectivos u organizaciones, bajo qué condiciones y cómo se manifiesta y se quiere ponderar en la investigación ese poder) los ingenieros están consiguiendo determinar la política hidrológica del país, por ejemplo; o los médicos la política sanitaria. Esto dice cosas más sensatas acerca del poder *concreto* de los ingenieros o de los médicos que las que resultan de calcular el porcentaje que representan esos colectivos en el núcleo o periferia. Del mismo modo, y para el caso de los diplomáticos, y si se quiere estudiar su «poder», debería haberse estudiado cuál fue su peso específico en el diseño y ejecución de

la política exterior en el período estudiado.

En tercer lugar, los tres indicadores (nombramientos por Decreto, puestos en el Legislativo y Ejecutivo, cargos en Consejos de Administración de grandes empresas) que se utilizan para imputar poder puede que no sean los correctos. Hay otras organizaciones (o, por seguir la terminología del texto, posiciones de poder en otras organizaciones) que tienen poder, auténtico poder, aunque sólo sea disruptivo y lo administren y empleen de forma cautelosa (o explosiva en otras ocasiones). El caso de los sindicatos sería el ejemplo extremo: recuérdese que son la única organización (al margen del ejército) que puede paralizar la vida de un país (y lo han hecho en un par de ocasiones en estos últimos años), con el objetivo de influir en las decisiones que toman las «élites». Desestimar el «poder» que tienen las organizaciones de la sociedad civil (insisto, específico en áreas concretas) es cerrar los ojos a la vida política de un país.

Para terminar y resumir, es un libro que, centrado en los diplomáticos, habla a distintas literaturas de las ciencias sociales (Ciencia de la Administración, Sociología Política, Sociología de las Profesiones) y que, por tanto, nunca puede quedar «cerrado» satisfactoriamente a gusto de todos. Con todo, es un libro académicamente excelente, uno de esos ejemplares que están mostrándonos el saber hacer de las nuevas generaciones de científicos sociales.

Roberto GARVÍA